

A pesar de la O. N. U...

## Reacción saludable

COMO teníamos derecho a esperar, la reacción operada en el seno de nuestro partido frente a la claudicante votación de la ONU ha sido —de ello son testigos nuestras columnas— inmediata y vigorosa, como corresponde a un cuerpo sano y a una conciencia que se sabe asistida por la razón y no se deja abalar por las cobardías ajenas. En cierto modo, lo ocurrido ha sido más bien un energético que un enervante. «La ONU ha cometido una indecencia? Por, pues, para la ONU.» Tal es, traducido a gráfica expresión, el sentimiento común de los socialistas. Por para la ONU, en efecto, y por para cuantos, de una u otra manera, andan a palos con la dignidad, achaque del que nos encontramos completamente limpios. Cualquiera que sea el valor que se le de a la resolución de la ONU —y bueno será que empecemos a reducirla a sus términos verdaderos—, nuestra voluntad de proseguir la lucha es, si cabe, mayor ahora que antes. Y no por superabundancia de romanticismo, ni porque nos guste arremeter contra los gigantes, fingidos o reales, esgrimiendo espada de madera y amparados en telada de cartón, como lo hicimos en 1932 y lo volveríamos a hacer mañana, sino porque tenemos todavía muchas armas que emplear, muchas fuerzas que reunir y la certeza de triunfar. Sólo conocemos una clase de vendidos: los que se dan por vendidos de antemano. Y nosotros no pertenecemos a esa categoría. Con la ONU o sin ella. Y si es menester, contra ella.

La serenidad con que el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores —empezando por sus Comisiones Ejecutivas— han afrontado la situación, es ejemplar. Ni optimismos falaces, tan engañosos como mejoría de moribundo, ni pesimismo desmoralizadores. Para los primeros, desgraciadamente, no hay motivo ninguno. Para los segundos, meos. Pasado el primer impulso de indignación, harto justificada, que el acuerdo de la ONU produjo, conviene —decíamos antes— que empecemos a medir el problema en sus dimensiones exactas, sin aminorar su gravedad, pero sin exagerarla tampoco. En la parte que nos toca podemos hacerlo con la autoridad que nos da el hecho de que, antes de que en la asamblea de las NN.UU. recayera el acuerdo, y previniendo, nos adelantamos a advertir que si se levantaban las sanciones morales dictadas contra Franco, aun siendo intransigentes las NN.UU., habrían cometido un grave desmoronamiento, que la política seguida por el Partido Socialista debe darse por cancelada. Necesitaba, si acaso, revisión, determinada por la alteración de factores, pero de ningún modo puede anticiparse nada a declarar conclusa. Para que alguien se crea con derecho a ello sería menester que nos ofreciera una mejor, o siquiera distinta, y hasta ahora todas continúan inéditas, excepto las que ya estaban desahuciadas antes.

Por el contrario, la política patrocinada por el Partido Socialista presenta aún, a pesar del acuerdo de la ONU, perspectivas amplias y, en lo que tiene de fundamental, nos sigue pareciendo la más conveniente y la más hacedera para liquidar el angustioso problema español. No tardarán en caer en la cuenta muchos que, llevados por la amargura de la primera impresión, creyeron llegada la hora de levantar el campo y plegar banderas. No estamos, por fortuna, en ese trance. No estaremos de más que tomarse nota de ello los que hablan del fracaso de los socialistas como si nuestro fracaso, admitido por cierto, no fuera el fracaso de todos. No, no hemos fracasado los socialistas, ni solos ni acompañados. Un tropiezo en el camino no quita la esperanza de llegar a la meta. Y nosotros la mantenemos bien firme. El día en que con voz de verdad pueda hablarse del fracaso de los socialistas será porque, desgraciadamente, habrá fracasado la emigración entera.

Un comentario de "Le Populaire"

## ¿Qué hacen esos republicanos entre los amigos de Franco?

Bajo este título inserta en su número del 8 de diciembre el diario "Le Populaire", de París, órgano central de la SFIO, el siguiente suelto:

«Los medios reaccionarios de la Asamblea (Nacional) hacen gran ruido sobre la España franquista. Es normal; se tienen los amigos que se merecen.

Lo que resulta más asombroso es que se hallen, tanto entre los firmantes de la moción que invita al Gobierno a reestablecer con Franco las relaciones diplomáticas como en la lista de los parlamentarios que van a ir en delegación a Madrid cerca del ministro de Asuntos Exteriores del verdugo del pueblo español, un cierto número de nombres conocidos del M.R.P. o del partido radical.

Reanudar las relaciones diplomáticas con Franco es un problema de Gobierno, por consiguiente, un problema de mayoría. Los socialistas estiman molesto y desagradable que personalidades representativas de los grupos de la mayoría republicana tomen tan abiertamente partido en favor de un Gobierno de hecho que no ha cesado de asesinar republicanos en general y socialistas en particular desde que tomó el poder gracias a Hitler y a Mussolini.

Es más que bastante que Francia se haya coludidamente atendido cuando se planteó la cuestión de la admisión de Franco en una Comisión de la ONU. No es menester que ella se deshonre aceptando tratar de igual a igual con ese siniestro aventurero.

## Más protestas contra la ayuda financiera a Franco

El Ejecutivo de la organización Bund en Estados Unidos y Canadá adoptó recientemente una resolución concebida en los siguientes términos:

«La ayuda financiera a Franco es una provocación a la clase trabajadora de España que durante tres años luchó heroicamente contra los ejércitos unidos de Franco, Hitler y Mussolini. La ayuda financiera a la España franquista es una ofensa al mundo democrático, y, en particular, a todos los liberales y socialistas que vertieron su sangre y pagaron con sus vidas en los campos de batalla de la segunda guerra mundial, y a quienes sufrieron y murieron en los campos de concentración y en las prisiones de la Alemania de Hitler y de la Italia de Mussolini.

La ayuda financiera a la España franquista es igualmente un insulto a los judíos del mundo entero, cuyos hermanos de Polonia y de otros países del Este de Europa fueron aniquilados por los mismos bestiales fascistas a quienes Franco, el usurpador del poder en España, les debe todo.

La ayuda financiera a España franquista es un tremendo golpe a la clase trabajadora española que continúa resistiendo y luchando heroicamente contra el régimen de Franco, detestado por todos los demócratas del mundo.

FUE en La Habana, el 11 de julio de 1942, en discurso que pronuncié en el viejo teatro de la Comedia, donde expuse públicamente por primera vez la idea de resolver el problema político español mediante un plebiscito.

«Estamos pendientes del triunfo de las democracias —dije aquella noche—, pendientes del sagrado compromiso que constituye la Carta del Atlántico. Y yo ahora, como complemento y en expresión de ideas personales que no son nuevas, porque nada nuevo vengo a decir, añado que, llegada esa hora, a la América de habla hispana le corresponden en España dos funciones trascendentales, históricas. A quien le interesa el tema le remitiré a una conferencia que antes de concluir la guerra di en Barcelona y que se tituló «El Auxilio de América para la Reconstrucción de España».

Perla le queda a América otro papel igualmente fundamental en España. Si se ha de expresar con entera libertad la voluntad del pueblo español en orden a sus instituciones políticas y a sus gobernantes futuros, esa expresión no puede verificarse bajo el imperio de una tiranía, sino en un ambiente de libertad. Para entonces propugno que el plebiscito que haya de verificarse en España a fin de determinarse libremente cuáles han de ser sus instituciones, lo dirijan las naciones americanas de habla española. Os digo que esta idea no es nueva en mí, por cuanto que cuando salí de España a fines de noviembre del 38, para cierta solemnidad en América del Sur, traje el propósito de explorar las voluntades de los Gobiernos de estas naciones en el sentido de su mediación imparcial en la contienda de España, plan que fué destruido por el desplome de nuestra República.»

A MODO DE EPILOGO

## Historia de un fracaso

por Indalecio PRIETO

El discurso mío de Barcelona a que aludí, pronunciado el año 38, fué, en miniatura, un proyecto idéntico al que diez años después, y en gran escala, propuso para Europa Mr. Marshall. Yo atribuí a todos los países americanos, cada cual en proporción de sus recursos, el cometido de ayudar a España —única nación europea entonces damnificada— a reconstituírse. Esa idea, muerta en flor porque la contienda mundial hizo casi insignificante el drama español, la doy ahora de lado para seguir la otra, la del plebiscito, que ha tenido largo proceso, aunque también haya fracasado.

Volvi sobre ella el 4 de marzo de 1944 en Nueva York, en un acto celebrado en el Manhattan Center, donde, acogido de nuevo a los principios de la Carta del Atlántico, dije: «Sólo pedimos algo elemental e innegable: el respeto a la voluntad del pueblo español.»

El tema lo desarrollé con mayor amplitud en el Centro Asturiano de La Habana, el 15 de abril de 1944. Entonces, resumiendo mi pensamiento, me expresé así: «Se perfectamente que el estado de derecho en España es la República, y nada más que la República, porque la instituyó libremente el pueblo y no la ha derrocado el pueblo, sino que se derribó por efecto de una subversión militar en la que fué villendo, llegó al extremo de que decidieran los destinos

de España dos traidores de la humanidad: Hitler y Mussolini. Ese estado de derecho subsiste y yo lo sé bien, pero cuando apartamos la mirada de tratados jurídicos y, cerrando libros, nos asomamos a ventanitas que dan al campo de las realidades, nos encontramos con un hecho indiscutible: que desde hace cinco años cumplidos (yo hablaba en 1944) no tenemos República y además descubrimos en este hecho aspecto tan lamentable como el de que algunos de las principales naciones unidas, rectoras de la guerra actual, no propician el restablecimiento de la República. Estos factores, que teorizantes ilusos podrán desahuciar de su nalgón, deben ser tenidos en cuenta para no incurrir en nuevas insensateces. El plebiscito, sistema muy antiguo, alcanza a los días esplendores de Grecia y tiene diversas modalidades. Las palabras que al respecto pronuncié ante vosotros en el teatro de la Comedia fueron dichas con toda claridad: el plebiscito no se puede verificar bajo ningún régimen tiránico.»

Falta de unanimidad

¿COMO se acogió mi idea entre los emigrados españoles? No hubo unanimidad, ni mucho menos. Los comunistas y el grupo socialista disidente aliados a ellos bajo la dirección de Negrín me obsecularon con duros epítetos presentándose como un traidor

digno del fusilamiento. Entre los jefes de partidos republicanos nacionales, don Diego Martínez Barrio se asoció al propósito y otros, convertidos en caballeros del Santo Sepulcro, resolvieron velar junto al de la República, seguros de que ésta resucitaría, si no al tercer día, al quinto o sexto año de su crucifixión, por lo cual rechazaban agresivos a cuantos dudases del próximo milagro. La Esquerda de Cataluña, conforme en principio con el propósito, no se decidió a suscribirlo. Y en cuanto al Partido Nacionalista Vasco, lo acogió con franca hostilidad, si bien luego fué evolucionando hasta aceptarlo, aunque siempre eludió compromisos concretos. En el propio Partido Socialista Obrero hubo sectores que se resistían a apoyarlo.

Sobrevino en 1945 la derrota de Hitler y Mussolini y entonces se creyó cierta e inmediata la resurrección del régimen republicano. Bajo tal optimismo se confeccionaron aprisa las vestimentas que habrían de cubrir el cuerpo de la República al abandonar su tumba; se reconstituyeron las Instituciones, escritas con inicial mayúscula, para que no perdieran su rango. Al cabo de seis años de voluntario cese don Diego Martínez Barrio que en 1939 se negó a asumir la presidencia de la República en sustitución de don Manuel Azaña, cuya renuncia hizo tramitar en forma indebida, ocupó la jefatura del Estado,

cual si hubiese vacado la vispera y nombró Gobierno. Fui invitado a figurar en éste y me negué convencido de la inutilidad de aquella aparatosa tramoya, y apenas se presentó a las Cortes, reunidas en Méjico, hice ante ellas cuantas salvedades me dictaban mis temores, prontamente confirmados, de que la inflexibilidad institucional estorbaría el paso a soluciones posibles para encastillarse en otra notoriamente imposible, la del retorno, por arte de magia, al régimen republicano.

La Junta Española de Liberación obtuvo en San Francisco de California la condena de Franco por voto unánime de las Naciones Unidas, pero lejos de mantenerse, reforzarse y ampliar organismo tan flexible y útil, fué apuñalado, sin duda para premiar su éxito, ilusiones ingenuas de unos, vanidades bobas de otros y ambiciones incontentas de otros más, empujaron a la precipitadísima formación del Gobierno, contando seguro su reconstitución diplomática por el mundo entero. Pero en América sólo le reconocieron Méjico, Guatemala, Venezuela y Panamá —reconocimiento anulado posteriormente por estos dos últimos países— y en Europa las naciones que giran en la órbita soviética, exceptuando Rusia, quien, de ese modo, no rendía cuentas del oro que Negrín le entregó en depósito.

Patrocinio de Cuba

ENTRETANTO, mi idea caminaba. Cuba había decidido patrocinarla. Cumpliendo instrucciones del Presidente, doctor Grau San Martín, su Embajador en Washington, don Guillermo Belt, dió los primeros pasos cerca de los republicanos mediante dos entrevistas, que celebró en aquella capital, con don Fernando de los Ríos, ministro de Estado, o de Asuntos Exteriores, y dos cartas que seguidamente le dirigí a Méjico. Cuando yo —26 de octubre de 1945— conferencé con el señor Belt en Washington, conocí su extrañeza por no haber tenido respuesta a ninguna de las dos misivas, cosa verdaderamente extraña en hombre de la exquisita corrección de don Fernando de los Ríos. Franco, que a raíz de la victoria aliada y del acuerdo condenatorio adoptado en San Francisco, sentase colgado de un hilo fácil de cortar, presionaba cuanto podía a Cuba para que desistiese de acción

tan peligrosa para su vida dictatorial. Cárdenas, Embajador franquista en Washington, pasaba frecuentemente de su residencia oficial a la Embajada cubana, en la misma calle y casi frontera, a suplicar, a implorar, a prometer. Don Guillermo Belt nada le ofreció; aguardaba la respuesta que debía darle desde Méjico el Gobierno republicano, seguramente confirmatoria de las impresiones personales, muy favorables, que le anticipara De los Ríos.

¿Cuál fué la contestación de dicho Gobierno? Aparece contenida en una nota oficiosa de su jefe, don José Giral —20 de noviembre— que dice: «No admite el Gobierno de la República que mediante la equívoca fórmula de un plebiscito en el que jamás podría haber libertad de expresión, por mucha que fuera la intervención vigilante de las potencias, se tratara de imponer en España la Monarquía». Tal nota es mucho más que una negativa; es una ofensa. Se nos agravaba a los españoles defensores del plebiscito. Esto importaba poco. Lo grave era que la ofensa alcanzara de modo principal y directo al Presidente de Cuba, con tanta mayor injusticia cuanto que el doctor Grau San Martín, a través de su Embajador en Washington, había solicitado del Gobierno republicano una propuesta de condiciones para el plebiscito. Ninguna le fué sugerida, reduciéndose todo al gesto despectivo e injurioso para un país amigo, cuya iniciativa la vala con buenos ojos el Departamento de Estado.

Entre bastidores

LUEGO de recordar el insólito documento, merece relatarse lo que sucedió entre los bastidores del escenario ministerial español. La proposición cubana, sostenida por Fernando de los Ríos, recibió repulsa casi unánime de los flamantes ministros, y lo más curioso fué que se distinguieron por su furia contra el plebiscito y su ardor en pro de la legalidad republicana don Alvaro de Albornoz y don Manuel de Irujo. El señor Albornoz, tiempo atrás y públicamente, había negado con rotundas frases la subsistencia de dicha legitimidad, asegurando que de la segunda República nada quedaba, ni Constitución, ni Gobierno, ni leyes, ni nada, y tan así lo entendía que no quiso actuar en la Diputación Permanente, a la que pertenecía, por estimar caducada en investidura parlamentaria. El señor Irujo, al igual que los demás diputados nacionalistas vascos, se abstuvo de jurar la Constitución, de la que al cabo de años era nódica vestal. Don Diego Martínez Barrio declaró que le impulsaban a vetar la proposición que desistiese de acción.

(Termina en la segunda pág.)

## EL CONGRESO DE BRUSELAS

## Con los socialistas belgas

por Rodolfo LLÓPIS

B UEN Congreso, espléndido el Congreso ha sido el que los socialistas belgas acaban de celebrar en Bruselas. El Partido socialista belga, como tantos otros Partidos socialistas minoritarios, acepta la costumbre que se va generalizando de no mezclar en un mismo Congreso las cuestiones administrativas y de régimen interior, con aquellas otras cuestiones que constituyen la política del Partido. En este Congreso de ahora, que es el 73 de cuantos ha celebrado desde su fundación, las cuestiones que figuraban en el orden del día eran las siguientes: situación internacional, problema escolar, política social, económica, financiera y fiscal, cuestión militar y actividad reaccionaria del Partido social-cristiano hoy en el Poder.

Las cuestiones de política social, económica, financiera y fiscal, fueron objeto de animados debates; mas pronto se logró la unanimidad en torno a los proyectos de resolución presentados al Congreso. Bien es verdad que cuando esos proyectos de resolución llegan al Congreso, han sido ya debatidos ampliamente en los Congresos de las Federaciones, a las que no solo se les sirvió el proyecto de resolución, sino copiosa documentación preparada cuidadosamente por las Comisiones de estudio del Partido y por el Instituto Vandervelde.

APASIONADO grandemente la cuestión militar. Los proyectos del Gobierno prousojista de la duración del servicio militar activo fueron violentamente combatidos por todos. La voz de los veteranos del Partido, como la voz de los jóvenes, se unieron en una misma voluntad de impedir que puedan aprobarse los desiguales del Gobierno que consisten en prolongar el servicio militar a diez y ocho meses para los soldados del actual reemplazo y a dos años para los que se incorporan en sucesivos reemplazos. El Partido, unánimemente, se opone a que se modifique la legislación vigente en lo que a ese particular se refiere.

El Partido, sin embargo, consciente de su responsabilidad, declara que si un esfuerzo militar en hombres y dinero se hiciera indispensable, solo podrían aceptarlo si ello no sirve de pretexto para desarrollar una política social reaccionaria; si los intereses materiales de los soldados quedan envidosamente protegidos, sobre todo en cuanto a contratos de trabajo, seguridad social e indemnizaciones se refiere; si el control de las inutilidades y de las excepciones es riguroso; si las fabulosas ganancias de los que in-

terviene en la adquisición de armamentos queda severamente controlada y destinada a dichas ganancias a fines sociales; si la organización sindical interviene en el control de la producción de armamentos a base de una organización eficaz de la economía...

TODAVIA apasiona más, si cabe, la cuestión escolar. Ese problema escolar, es decir, el de la clericalización de la enseñanza, es viejo en Bélgica. No olvidemos que los católicos han dominado durante muchos años la política belga. Y en Bélgica como en todas partes, los católicos, cuando pueden hacer su política, resultan insostenibles. En Bélgica, como en todas partes, los católicos quieren apoderarse de las escuelas, de la enseñanza, porque quieren apoderarse de la infancia y de la juventud.

Afortunadamente, en Bélgica, los Ayuntamientos gozan de extraordinaria autonomía. Gracias a ella, gracias a que en los Ayuntamientos, desde hace muchos años, liberales y socialistas tienen considerable influencia, ha podido florecer, al lado de la enseñanza clerical, una enseñanza humana, justa, elegante, elogiada por cuantos la conocen.

Vino la guerra de 1914 y con ella, la participación ministerial de los socialistas. Desde entonces, se llegó a un modus vivendi que acalló las querellas en torno de la escuela. Las cosas, pero no las su primas. Por eso ahora que los católicos tienen mayoría absoluta en el Parlamento y tienen Gobierno homogéneo, han reanudado, con más violencia que nunca, su política de clericalización de la enseñanza, política que ha sublevado la conciencia de todos los espíritus libres. El Partido socialista se muestra irreducible. Si una concesión más a la enseñanza privada, es decir, a la enseñanza católica, Defensa energética, por el contrario, de la enseñanza oficial.

El tema, repito, apasiona a los socialistas belgas. El debate se anuncia violento, a juzgar por los acuerdos adoptados en las Federaciones. Las peticiones de palabra eran muchas. El tiempo de que se disponía era poco. Por eso se acordó suspender el debate apenas iniciado, para celebrar un Congreso extraordinario durante el mes de enero consagrado todo al exclusivamente a la cuestión escolar.

PUEDEN decirse que el Congreso ha estado domi-

## Franco en las NN. UU.



El democrata: Os estaban esperando, Venís precedido de los mejores títulos.

## DESDE MEJICO

## Los pueblos también cuentan

Méjico, diciembre 3 (S.T.S.). — Con este mismo título, «El Nacional», diario que refleja la opinión del gobierno mexicano, ha publicado el siguiente trabajo editorial.

No han faltado sofistas más evolucionistas que señalan en la contradicción de la actitud de México al proponer que se extingue como derecho fundamental el principio de autodeterminación de los pueblos e insistir en su repudio del gobierno establecido en España. México, en efecto, tuvo hace unas semanas el honor de contarse entre las diez naciones unidas que en Lake Success ratificaron la condena de la ONU al régimen fascista de Francisco Franco, formulada en 1946 y ahora prácticamente eliminada al influjo de razones políticas-militares-económicas de más que dudosos justificación. México, también, votó el 10 de noviembre, en la Asamblea General de las Naciones Unidas, en favor de la proposición presentada por Afaristán y Arabia Saudita para que la Comisión de Derechos Humanos estudie la inclusión del principio de autodeterminación de los pueblos en el anteproyecto de Convención de los Derechos del Hombre.

El principal orador en esta junta, que será histórica debido a la importancia del asunto que en ella se debatió, fué el delegado mexicano Raúl Noriega, quien recordó que tanto la Carta de las Naciones Unidas como la Declaración de los Derechos Humanos se refieren también a los derechos colectivos, y afirmó que la autodeterminación es uno de estos derechos, íntimamente ligado al concepto de los derechos individuales. Habló también en favor de la ponencia afgano-arabe, los representantes de Uruguay, la India, la URSS, Polonia, Ucrania y el Irak. Algunos de los países que defendían colonias se negaron violentamente a la inclusión del derecho de autodeterminación de los pueblos entre los derechos humanos, reconociendo, sin embargo, la validez de tal principio. Y el representante de un pequeño país europeo, que en menos de medio siglo ha sufrido dos veces la invasión y ocupación de su territorio por fuerzas extranjeras, y

que posee un imperio colonial en el corazón de África, presentó el más peregrino argumento: «Si mañana mismo quisiéramos organizar elecciones en el Congo, la mayoría de los africanos, votantes y no votantes, se negarían, porque no creen en los derechos humanos y que hacen trabajar a sus mujeres más duramente que los mismos hombres». Por desgracia, el delegado europeo debió sin aclarar dos puntos muy importantes y en cuestión: el de si acaso dan prueba de respeto a los derechos humanos los conquistadores de pueblos que, sea cual sea su civilización, están igual que por seres humanos. ¿No son hombres los aborígenes? ¿No son hombres los conquistados y colonizados extranjeros que no resuelven el problema de las mujeres de los «jefes polígamos» del modo más descaradamente utilitario: haciéndolos trabajar a ellos y a ellas por sus ganados? ¿No soportaría ni un día el más miserable cargador de Amberes, pongamos por caso...

En cuanto a los abogados del franquismo que en la ONU y fuera de ella pretenden cubrir al dictador español con el manto de la autodeterminación de los pueblos, bastaría con recordarlos lo que no debieran haber olvidado: que la voluntad y la determinación del pueblo español se expresaron en la República del 14 de abril de 1931, ganada en elecciones irreprochables de democracia, y que el régimen de Francisco Franco no representa otra determinación que la del fascismo italiano y el nazismo alemán que lo imitaron por la fuerza al pueblo de España.

La consecuencia, pues, es que México sostiene el derecho de autodeterminación de los pueblos como uno de los inalienables derechos humanos; y se oponga al mismo tiempo a quienes violen los derechos de los pueblos de Hitler y de Mussolini, sino que quienes hablan de independencia y soberanía en las metrópolis y en ciertas zonas mediatizadas, exciten a otros pueblos el derecho al propio gobierno. De ahí los votos de México en el caso de España y en el de la autodeterminación de los pueblos.



## Historia de un fracaso

Paris. — mo Carriço, St. Martial, par Al-  
guedu-Vent (Herauld),







Director: Manuel Alber  
69, rue du Taur. — Toulouse.  
Tél. Capitole 25-22

# EL SOCIALISTA

SEMANARIO

Administrador: Carlos MARTINEZ  
31, Rue Général-Berret, Paris (XV)  
Tél. VAUgirard 56-85, C.C.P. 6.300-48

## La situación internacional Confusión

por Luis de Brouckère

Si se me preguntara para qué se expresaba en unas pocas palabras la situación internacional, temo mucho que no podría decir sino esto: «Confusión». Anadiendo, tal vez: «Y lo es peligrosamente».

Hace unas pocas semanas, cada cual estaba convencido de que la guerra de Corea se terminaría antes de Navidad con una victoria completa y decisiva. Y he aquí que todos nos preguntamos ahora si no estamos, por el contrario, en los comienzos de un conflicto real: una guerra no declarada, mas posiblemente, agotadora, con la China de Mao, y tal vez, con la Unión Soviética. Y nos preguntamos también si este conflicto no podría adquirir los caracteres de una larga introducción a la tercera catástrofe mundial, así como la segunda tuvo por introducción la guerra civil en España.

¿Qué es, pues, lo que quiere la dictadura china llamada comunista, y, por de pronto, qué es lo que quiere? ¿Hasta qué punto domina ella la inmensa China que ocupa? Los varios cientos de millones de hombres que pueblan esta extensión formidable casi han perdido la noción de un Gobierno único. Están tradicionalmente resignados a sentir sobre sí la potencia de una o de diversas autoridades centrales y, también la de algún que otro «señor de la guerra», sin contar la de bandas cuya fuerza ha convertido el bandolerismo en una especie de institución. El dictador actual, Zhuo, puesto verdaderamente fin, como él afirma, a esta anarquía, ¿ejerce en todas partes, en su plenitud, la realidad del poder? Lejos estoy yo de quererlo negar. De hecho, nada sé de ello. Lo peor es que los aliados parecen tan mal informados como yo a juzgar por las vacilaciones constantes en su comportamiento.

Si es verdad que Mao ejerce en su imperio misterioso una suerte de omnipotencia, ¿quién sabe en verdad el uso que de ello quiere hacer? Se juzgan las cosas habitualmente por las declaraciones de sus subordinados, y hasta de sus rivales. Mas ¿se va a olvidar que lo que dicen los diplomáticos no expresa siempre el fondo de su pensamiento y que de todas las diplomacias la china es, sin duda, la que más se complacía en seguir los caminos más tortuosos?

Por el momento, aliados y comunistas chinos negocian. ¿Habrán de qué singular manera se empuja el debate? Cada una de las partes acepta discutir con la otra, mas solamente sobre aquello de que la otra no quiere oír hablar. En Nueva York donde las conversaciones deben tener lugar, ¿pero es a Moscú donde los chinos van? Y es por radio como se intercambian las palabras, generalmente violentas, y siempre imprecisas.

En la espera, las fuerzas chinas se agrupan en Manchuria. Pero este país despierta muchas codicias, de las que las del '70 no son las menos manifestadas. ¿Quién podría decir hoy con certeza contra quien se preocupa Mao de ser fuerte?

Dejemos la China misteriosa y lejána y vengamos hacia esta Europa que conocemos mejor y que consideramos, con mucho, más racional. Tiene ella en este momento tres grandes preocupaciones: organizar su defensa, organizar su economía, organizar su poder político de otra forma y mejor que lo hizo la Historia, adaptándose a las nuevas condiciones.

## Murió Jan Oudegeest

Amsterdam (S.I.S.). — Ha dejado de existir, hace unas semanas, el veterano dirigente del movimiento sindical Jan Oudegeest, a la edad de 80 años. Era muy conocido Oudegeest, en la acción obrera del mundo europeo, por haber asistido, en representación de los trabajadores organizados de Países Bajos, a numerosos Congresos y Conferencias internacionales, pero, sobre todo, por haber sido uno de los secretarios generales de la antigua Federación Sindical Mundial, llamada de Amsterdam, durante el intenso período subsiguiente a la primera guerra mundial, de 1919 a 1927. Había empujado a actuar en la organización obrera holandesa desde muy joven. En 1905 era su secretario de la Confederación del Trabajo de su país, y luego presidente. Cuando dejó la secretaría de la FSI, fue presidente del Partido del Trabajo de Países Bajos, hasta 1934. Fue también miembro del Parlamento neerlandés.

## ENTREACTOS HORA DE SOMBRAS

por Ramón VASCONCELOS

RENTE a la pantalla de televisión, con el aire de fatiga del viaje, aumentado por el cansancio de una larga, épica lucha contra imposibles, Don Indalecio Prieto contaba al pueblo de Cuba la Odisea de las democracias. O con más exactitud, de la Democracia, cogida entre las tenazas de dos totalitarismos, negadores los dos de los tributos que fueron la mas bella conquista del mundo hasta 1914, comienzo de la Gran Angustia, que todavía no lleva traza de terminar.

La invocación a la fraternidad americana que hacía el ilustrado y líder socialista español, era patética. Pintaba una Europa aniquilada por las sangrias y los sufrimientos, enloquecida por el terror a una nueva guerra antes de haberse cicatrizado las profundas heridas de la anterior y aturrida como un horniqueo disperso por el pie. Era el mismo poder formidable de los grandes días del Parlamento monárquico atacando los ruidosos presupuestos del Ejército, el mismo líder de masas arrojando en las calles a los obreros frente a las acometidas de la Guardia Civil, el mismo paladín de los principios democráticos de la guerra, el mismo líder de la República, siempre en la avanzada, siempre quemándose de pasión política, siempre combativo y pobre, desde vendedor de periódicos hasta árbitro en ocasiones de los destinos de España.

Al final, en el discurso, se veía enfervorizado, pero a medida que dejaba hablar su corazón, entristecido por las contradicciones actuales, recordaba su talla natural, el acento se le hacía más claro y enérgico, resucitaba el dialéctico formidable cuya voz resonó con vigores extraordinarios durante más de cuarenta años en una tierra de oradores natos. No era, sin embargo, el arte del bien decir lo que impresionaba a su auditorio invisible, espasmo a lo largo del país, sino el dramatismo de su situación, y más que de la suya, de todo el Continente, conmovido, irremisiblemente, al derrumbe de las potencias espirituales y de la justicia humana que fueron el tesoro de la Civilización occidental. Toda Europa, en efecto, está postrada, sin coraje para ponerse en pie después de haberse abierto las venas en dos guerras de exterminio demasiado próximas entre sí, la última de las cuales no ha terminado de hecho ni de derecho. En la primera, como en la segunda, los demócratas se batieron desesperadamente para que fuera la última; pero antes como después se ha visto que la paz es una ilusión. Y una ilusión también el reconocimiento del patrimonio democrático de los pueblos cuando no forman parte del engranaje bélico de las grandes

Ramón Vasconcelos es, sin duda, el periodista más brillante de Cuba y el que goza de mayor prestigio, no solamente por su capacidad profesional, sino por su insobornable y ya larga historia, adscrita con ejemplar firmeza a la defensa de la democracia y al flagelo de las corrupciones políticas, sin importarle las persecuciones que en épocas de dictadura se ha visto obligado a sufrir. En «Alerta», de La Habana, Ramón Vasconcelos ha publicado el 29 de noviembre la crónica que reproducimos, comentario, a su vez, del discurso que nuestro compañero Indalecio Prieto pronunció por radio la noche del 26 en la capital cubana.

potencias. Don Indalecio renunció antes de abandonar su refugio de San Juan de Luz a los honores más altos para un líder socialista y para un demócrata de convicciones arraigadas, ganados en buena lid y por densos merecidos. «Ahora no soy más que un demócrata errante — exclamó — que viene a América para respirar los últimos halitos de libertad. Pronto comenzará el éxodo de los demócratas europeos hacia esta parte del mundo. Y yo os suplico, cubanos, que abráis vuestros brazos a los que pronto vendrán, expulsados por los dos totalitarismos que se disputan la hegemonía de una Europa condenada a la desintegración en fecha próxima».

Estas fueron, en esencia, las palabras vertidas por don Indalecio en su patética improvisación televisada. Dos o tres veces se llevó el pañuelo a los ojos. Se explicaba. Era la despedida a todos sus sueños democráticos. El adiós a la patria, perdida para él y sus hijos desde hace once años. Y quienes comprendían su desesperanza y la de las de-

moocracias, también sentíamos cierto pavor en los ojos. Como una confirmación indirecta de la tragedia vaticinada por el admirado y admirable republicano asturiano, estamos prácticamente en los prolegómenos de la Tercera Guerra Mundial. Arde el Asia. Millones de chinos esperan la orden de entrar en acción, provistos de armamentos automáticos, y de un fanatismo mucho más peligroso que las mismas armas. Cuando todo indicaba que la lucha en Corea tocaba a su fin y las fuerzas de la ONU llegaban al Yalu, los comunistas desencadenaron la contraofensiva que ha sorprendido a numerosas divisiones norteamericanas y surcoreanas, que según los últimos cables se encuentran en situación difícil. Descalzos, con armas cortas, en un terreno donde no puede desplegarse la aviación sus actividades, los comunistas atacan. Se diría que entramos en la temida y al parecer inevitable Tercera Guerra. ¿Qué va a ser de la Humanidad, en mufones, con la ainenaza terrible de la bomba atómica, de la que nadie podrá librarse en un momento dado? La tensión internacional alcanza el maximum. En Washington quedan muy pocas esperanzas de arreglo. Truman, Acheson y Marshall se reúnen con urgencia. Mac Arthur cree que esperar más sería correr el riesgo de un desastre de incalculables consecuencias. De la acción fulminante depende el triunfo de las democracias armadas.

Es la hora de las sombras. La Hora Veinticinco, anunciada por el rumano Virgil Gheorghiu en la crispativa novela cuya última página acabó de leer dejándonos sabor de cenizas en la boca.

moocracias, también sentíamos cierto pavor en los ojos.

Como una confirmación indirecta de la tragedia vaticinada por el admirado y admirable republicano asturiano, estamos prácticamente en los prolegómenos de la Tercera Guerra Mundial. Arde el Asia. Millones de chinos esperan la orden de entrar en acción, provistos de armamentos automáticos, y de un fanatismo mucho más peligroso que las mismas armas. Cuando todo indicaba que la lucha en Corea tocaba a su fin y las fuerzas de la ONU llegaban al Yalu, los comunistas desencadenaron la contraofensiva que ha sorprendido a numerosas divisiones norteamericanas y surcoreanas, que según los últimos cables se encuentran en situación difícil. Descalzos, con armas cortas, en un terreno donde no puede desplegarse la aviación sus actividades, los comunistas atacan. Se diría que entramos en la temida y al parecer inevitable Tercera Guerra. ¿Qué va a ser de la Humanidad, en mufones, con la ainenaza terrible de la bomba atómica, de la que nadie podrá librarse en un momento dado? La tensión internacional alcanza el maximum. En Washington quedan muy pocas esperanzas de arreglo. Truman, Acheson y Marshall se reúnen con urgencia. Mac Arthur cree que esperar más sería correr el riesgo de un desastre de incalculables consecuencias. De la acción fulminante depende el triunfo de las democracias armadas.

Es la hora de las sombras. La Hora Veinticinco, anunciada por el rumano Virgil Gheorghiu en la crispativa novela cuya última página acabó de leer dejándonos sabor de cenizas en la boca.

## Crónicas de viaje

## La vida en España

por R. M. Etcheverry

— II —  
A dureza, la tristeza y la desolación que reinan en los lugares que hemos recorrido de España nos han transportado más allá de la edad media. En aquellos tiempos vivían, al menos los señores, en sus regiones, y posiblemente algunos aspectos de la vida debieron ser más atractivos. Dentro de la dominación señorial es posible que algún matiz de la existencia tendiera un alivio, ya sea en fiestas, en conmemoración de acontecimientos, de triunfos, buenas cosechas, etc. Pero ahora parece que los señores no quieren alternar viviendo en sus tierras. Sólo las ciudades modernas ofrecen comodidades, confort y alegrías que atraen y regocajan.

En ningún otro país de Europa hemos podido contemplar ese panorama de abandono de la vida campesina. En Inglaterra, Francia e Italia hay núcleos campesinos que trabajan y viven en mejores condiciones. En cuanto a los centros más importantes, como Barcelona, Madrid, San Sebastián, etc., la vida comercial y social tiene más atractivos para el turista. Están allí los buenos salones, los grandes comercios, los centros, restaurantes y lugares de entretenimiento. Quien concurre con el solo propósito de pasear y divertirse encuentra de todo. No escasean los recibimientos amables. La gente extranjera está bien atendida y cuenta con encantadores lugares confortables de recreo y expansión. Sin embargo, escudriñando el vivir del pueblo fuera de los sitios habituales de turismo encontramos idénticos problemas de un estado social de contrastes y desencanto penoso.

Las gentes, hacinadas en las casas, se encuentran sufridas, y hambrientas. Los obreros ganan poco para comer. Sus ropas dicen a las claras que andan escasos de recursos para suvenir a todas sus necesidades. Hay calles estrechas y sombrías que muestran las privaciones diarias por que pasa la gente del pueblo. Los niños descalzos y macilentos, las mujeres andrajosas y los hombres pobremente vestidos, ambulando por esos turbios lugares, denotan el abandono y la miseria que sufren. Un centenar de miseriosos acuden al transcurso con la mano tendida en procura de una limosna.

Hay cuadros horripilantes de madres con un hijo en brazos y otros de los manos, buscando la caridad piadosa. Es un desfile tan ingrato como penoso. España es el único país donde la caridad pública ofrece un espectáculo tan deprimente y angustioso. Como en ninguna otra parte, los heridos están en exposición pública en busca de condescendencia y ayuda.

La opinión pública no puede manifestarse ni contrarrestar abusos, contrariedades, atropellos, encarcelamientos, fusilamientos y toda clase de excesos que se desencadenan contra el individuo o la sociedad. En todo está siempre imperante el régimen absolutista y personalista. La prensa, la radio y todo medio de comunicación está sujeto al dictado y complacencias de las autoridades. Si se le contraria, sobre quien lo haga cae con furia implacable toda la fuerza de la autoridad despótica.

A esta fuerza que abarca todos los poderes y recursos habrá que hacerla responsable de todos los males que sufre España. A ello habrá que agregar la responsabilidad de la tragedia que desencadenó y que por muchos años seguirá la vertiente de lágrimas y de sangre que brota de los espasmos, por las heridas incurables que todavía perduran de la contienda. No hemos encontrado conformidad hacia el régimen ni aun entre los que satisfacen sus necesidades o han rehecho su patrimonio.

Por supuesto que el desencanto es mayor aún en aquellos que siguen sufriendo hambre y estrechez. Después de haber compulsado, en lo que nos ha sido posible, hombres y mujeres, profesionales y trabajadores, todos están ansiosos de algo mejor que esté más en consonancia con el espíritu español. Mientras rija en España una régimen que todo lo puede y todo lo quiere a su capricho sin voces que puedan controlarlo y medirlo, habrá una gran mayoría de oposición desoída de que aquello termine.

Me doy cuenta de lo que he sufrido el español, bajo la presión de gobiernos absolutos y despotismos. Para ser feliz el español necesita, como todo latino, la libertad. En el libre juego de sus pasiones, de sus inquietudes, encuentra el clima de su verdadero espíritu. Mientras no consiga su natural ambiente, estará descontento, agriado, por más riquezas y halagos que le sonríen.

A mi juicio, el verdadero español es el rebelde, el inquieto, el que desborda de pasión, como lo pide su fecunda imaginación, sin barreras ni límites que lo entorpezcan ni lo frenen. Mientras dure el actual sistema, moldeado en las rancias tradiciones retrógradas y extrañas a los verdaderos problemas vitales de España, habrá que contemplar los cuadros de miseria, de hambre y de frío, como el triste acabado de presenciarlos. Ser complaciente con el actual régimen es no querer a España y a su verdadero pueblo, digno de mejor suerte.

## Victoria socialista en Suiza

Berna (S.I.S.). — Por vez primera los socialistas han obtenido la mayoría absoluta en las elecciones municipales en el pueblo de Yverdon, situado a propio tiempo en la primera localidad del valle de Tanneve, que dispone de mayoría roja. Obtuvo los socialistas para el Consejo comunal cuatro puestos (sabiendo uno); los liberales dos (sin cambio). El partido campesino, perdió el único escaño que ocupaba.

En las elecciones habidas para el Ayuntamiento de Yverdon, los socialistas lograron tres concejales (antes dos), los liberales dos (sin cambio). El partido de los campesinos, artesanos y burgueses, dos (antes tres).

Imprenta Socialista de EL SOCIALISTA  
44, rue Saint-Marc  
30, rue Saint-Marc

## CARA A LA REALIDAD Se impone la celebración de un Congreso extraordinario

por Wenceslao CARRILLO

Las Comisiones Ejecutivas del Partido y de la Unión han dado a la publicidad una nota mediante la cual pretenden convencer a los afiliados de que, en la lucha contra el franquismo, «nuestras posiciones siguen siendo fuertes». ¿Qué argumentos aducen para llevarnos al convencimiento de que es cierto lo que afirman? El más fuerte — el que destacan en su nota del 27 de noviembre — es el de que, si las Naciones Unidas han anulado la recomendación por la cual se pedía a los Estados miembros de las mismas que retirasen sus Embajadores y sus Ministros plenipotenciarios acreditados en Madrid, y la que excluía toda representación del Gobierno franquista en los organismos internacionales dependientes de las Naciones Unidas o que con ellas se relacionasen, no se han anulado los fundamentos de dicha resolución que condenan, de modo insuperable, con rotunda severidad y extrema justicia, el régimen cruel y fascista que padece el pueblo español y deshonra al mundo civilizado.

Es decir, que, contra lo que siempre ha sido norma en toda ley, podemos aceptar que queda subsistente la parte positiva que sirve de base de sustentación a las resoluciones ejecutivas que han sido ya anuladas. ¿Es, en esto, en lo que se basan nuestras Comisiones Ejecutivas para afirmar que «nuestras posiciones siguen siendo fuertes»? A mi juicio, ni eso ni el hecho de que se pretenda que queda subsistente aquello de que se sustenta un plazo razonable no lo he establecido en España. El Gobierno cuya autoridad emana del consentimiento de sus gobernados, que se comprometa a respetar la libertad de palabra, de culto y de reunión, y este dispuesto a efectuar prontamente elecciones en las que el pueblo español, libre de intimidaciones y violencias, y sin tener en cuenta los Partidos, pueda expresar su voluntad, el Consejo de Seguridad estudie las medidas necesarias que han de tomarse para remediar la situación, autoriza a nadie y menos que a nadie a las Comisiones Ejecutivas a afirmar lo que se afirma en la ya citada nota. Y es extraño que quien dijo en memorable Asamblea de Delegados «que en la O.N.U. nosotros no tenemos nada que hacer» haya dado su aprobación a dicha nota. Porque si en 1947 nosotros no teníamos nada que esperar de las Naciones Unidas, cuando todavía estaban pendientes y en vigor los acuerdos de 1946, no hay forma humana de hacernos creer que después de los últimos acuerdos del Organismo Inter-

nacional podamos confiar en la ayuda que haya de prestarnos para terminar con Franco y su régimen. Lo dicen las propias Comisiones Ejecutivas del Partido y de la Unión en la nota aparecida como editorial en el número de EL SOCIALISTA correspondiente al 16 de noviembre: «Aunque queda subsistente la resolución de diciembre del '46, la parte en que se condena de modo insuperable el régimen franquista, es irrefutable que con esta resolución de ahora (sobre) ya se ha comenzado la rehabilitación internacional del franquismo». Esto sí que es lo cierto. Lo otro es pretender que la emigración española, principalmente los afiliados al Partido y a la Unión, siga manteniendo esperanzas en algo

que no permite cifrar ninguna.

Pues si en las Naciones Unidas no hay posibilidad de seguir cifrando esperanza alguna, tampoco nos es posible cifrarla en el llamado Pacto de San Juan de Luz. Quien en 1947 consiguió hacer entrar al Partido por el camino que ha seguido desde entonces, se nos muestra terminante en su carta del 6 de noviembre presentando la dimisión de la presidencia del Partido y del Comité de Enlace. «Mi fracaso es completo. Soy responsable de haber inducido a nuestro Partido a fiar en poderosos Gobiernos de origen democrático que no me daban confianza, según acababan de demostrar. Hice victimar al Partido de una ilusión que me deslumbró». Y más

adelante agrega: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

demos esperar nada del Pacto. ¿Qué fuerza de convicción, pues, ofrece la posición de las Comisiones Ejecutivas al afirmar que «nuestras posiciones siguen siendo fuertes»? Ninguna, absolutamente ninguna. Ciertamente nos queda el derecho — y a él ni podemos ni debemos renunciar en tanto que afiliados al COMISO y a la Confederación Mundial de Sindicatos Libres — de reclamar solidaridad y ayuda a los partidos socialistas y a las organizaciones sindicales. Pero esto lo venimos haciendo de siempre y no hay nada que nos impida seguir haciéndolo. Como se puede seguir trabajando cerca de algunos Gobiernos, el bien al margen de las Naciones Unidas, para que, si han permitido con su

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brio, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales. Desapadas tales sinceridad y firmeza, carezco de ánimo para una colaboración que acaso no valga la pena proseguir». Según Prieto, no podemos esperar nada de las Naciones Unidas, y como el Pacto se basaba en la sinceridad y firmeza de esas Naciones y tales circunstancias han dejado de existir, tampoco po-

adelante agregar: «Pese a que, ciertos monárquicos debilitados por el convenio con vacilaciones, absurdas, declaraciones incongruentes y actos equivocados, que debían ser mantenidos por orden, conformándose a su eficacia se basaba en la sinceridad y firme